ANEXO: ALGUNAS AMPLIACIONES TEOLÓGICAS Y ESPIRITUALES EN RELACIÓN AL TEMA DE MARZO DE 2019: PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO, DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

Recogemos en este Anexo algunas reflexiones que consideramos especialmente pertinentes y que pueden ayudar a quien las lea a una comprensión más completa y profunda del tema de este mes. La mayor parte de estas precisiones están extraídas de los temas que elaboramos para la consideración de nuestra Comunidad durante los meses de febrero y marzo de 2009 y que se puede encontrar en las págs. 54-76 de los temas de ese año: http://comunidadcristianarecuerdo.org/wp-content/uploads/2016/05/Tomo-I-I-Credo-vf-160328-vpeq.pdf

1. **Jesús padeció y murió**

"Jesús no nació para padecer, ni padeció para expiar. Nació para vivir y murió por la vida que llevó. Y en la vida que vivió encarnó a Dios. Y por haber vivido la compasión de Dios para con los últimos, los poderes de la muerte le hicieron padecer" (J. Arregui, *La fe de Jesús nos sostiene*). En todo caso, el suyo no fue un padecimiento cualquiera. Jesús sufrió la incomprensión de sus amigos, que lo abandonaron cuando las cosas se pusieron difíciles, la soledad más absoluta en Getsemaní, la tortura y el dolor físico en la flagelación y coronación de espinas, el escarnio y la burla por las calles de Jerusalén llevando la cruz, y la muerte, como un criminal, crucificado…. Su muerte tiene una fecha, un lugar, no estamos hablando de un personaje de ficción, ni de un super-man, sino de un verdadero hombre que al mismo tiempo confesamos que es Dios.

Jesús es hombre con todas las consecuencias. Nace como todo hombre de mujer y nada de lo humano le es ajeno; no tiene privilegios por ser Hijo de Dios, goza y está triste hasta la muerte, se llena de alegría pero mira con tristeza si no le quieren seguir, es incomprendido, calumniado, criticado…Jesús sufre la muerte día a día, va muriendo poco a poco como nosotros, experimenta el dolor de la vida en los que oyen pero no escuchan (Mt 13,13b), en la semilla que cae en piedra al borde del camino (Lc 8,5-8), en la terquedad de la gente que le hace exclamar "¿hasta cuándo os tendré que soportar?" (Mt 17,17), en su incomprensión "¿tanto tiempo y no me conoces, Felipe?" (Jn 14,9), en las infidelidades: "antes de que el gallo cante me habrás negado tres veces" (Mt 26,34), en las traiciones: "con un beso entregas al Hijo del Hombre" (Lc 22,48).

Jesús había comprendido que su misión le llevaría a la muerte. Y la predijo varias veces, aunque nadie le entendía. Incluso tuvo que reprochar a Pedro: "quítate de mi vista Satanás, eres un tropiezo para mí" (Mt 16,23). Su aceptación de la Pasión en el Getsemaní (Mat, 26, 39: "Padre, si es posible, que se aparte de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya") y

su manera de padecer y de morir como consecuencia de su forma de vivir nos acaban haciendo manifiesto que es el Hijo de Dios. Solo el centurión lo ve y exclama: "verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mat 27,45. Mc 15, 39).

La muerte de Jesús no fue aparente, fue una muerte real. Murió con el dramatismo de todas las cruces, conoció la incertidumbre, el abandono y la soledad de todas las muertes. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?": esta oración que Jesús pronuncia en la Cruz es la mayor expresión de su soledad y dolor en ese momento cumbre. Pero Dios estaba con Él, no lo abandonó, como no nos abandona a nosotros. Más allá del dolor y la muerte, aún pervive la esperanza porque Dios siempre ha estado con Él y le ha resucitado. La Vida vence a la muerte.

Al decir que Jesús murió, seguimos afirmando su naturaleza humana. Su muerte fue violenta, consecuencia de su forma de vivir, de su autenticidad y verdad, de su defensa de los pobres y marginados, de su liberación de toda atadura injusta aunque viniera de la ley (el sábado, la pureza legal, los pecadores, leprosos etc…) en definitiva, murió para salvarnos de todo lo que nos oprime y nos desvía del Camino de la Verdad y de la Vida auténtica. Murió por traernos el Reino de Dios. Pero para que el Reino llegue hay que derribar muchos "imperios" y sus reyezuelos no estaban dispuestos. Todos esos reyezuelos, que eran enemigos entre sí, se confabularon en una única misión:"matar al Profeta". Esta es la suerte del que denuncia el mal y exhorta a hacer el bien.

La cruz de Jesús, que representa todas las cruces, es la ignominia de la humanidad pero también su salvación. Jesús no la rehuyó. Se mantuvo fiel a la vida, a la causa de los últimos, al destino de los justos perseguidos (por el poder político y religioso). Se mantuvo fiel a Dios. Por eso fue condenado a la Cruz. Por eso fue resucitado: Dios nunca abandona a sus fieles.

2. Fue sepultado

Al poner su cuerpo en el sepulcro parece que todo ha terminado, que su vida ha sido un fracaso. Pero la losa del sepulcro no es el último muro. Es una puerta a la vida. El sepulcro está a pocos metros del Gólgota, lugar de la crucifixión. Esa pequeña distancia que los separa es como una expresión de la cercanía de los dos acontecimientos más importantes. A pocos metros de la muerte está la Vida. Para el cristiano la muerte no tiene la última palabra. Junto al sepulcro de Jesús seguimos esperando la Pascua. En todas nuestras soledades, decaimientos e impotencias, seguimos confiando en la entrañable cercanía de Dios: "Padre, en tus manos encomiendo mi vida". En todos los infiernos del mundo seguimos confesando que otro mundo es posible, porque Dios está con nosotros, y merece la pena acompañarle y ayudarle. (J. Arregui).

El sepulcro, para el cristiano, no es lugar de muerte sino de Vida. Porque nuestro destino no está en el sepulcro. Esperamos oírle decir "ven bendito de mi Padre porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; era forastero y me acogiste; estaba desnudo y me vestiste; enfermo y me visitaste; en la cárcel y viniste a verme (Mt 25,35-36) "¿Cuándo he hecho esto por Ti, Señor?" –preguntaremos-… Escuchemos la respuesta de Jesús: "Cuanto hicisteis a los más necesitados, a mí me lo hicisteis".

3. Descendió a los infiernos

La expresión "descendió a los infiernos" no aparece en las primeras profesiones de fe cristiana hasta la segunda mitad del siglo IV. Aun entonces se entiende frecuentemente como estrictamente sinónima de "fue sepultado". No obstante, fue un lugar común de la doctrina cristiana desde los primeros tiempos la creencia de que Jesús, tras su muerte y antes de la resurrección, anunció la salvación a los muertos que esperaban en el sheol (en latín ínferos, lugar inferior donde se supone que habitan los muertos).

¿Qué puede significar esto para el hombre de hoy? Confesar que Jesús descendió a los infiernos crea dificultades lingüísticas o conceptuales a algunos creyentes actuales. Algunas de ellas se resuelven si, siguiendo el criterio de los obispos alemanes, traducimos el término infierno por su equivalente más comprensible de reino de los muertos. La muerte de Jesús –tiene interés por lo pronto en afirmar el Credo, eludiendo todo docetismo- fue una muerte completamente real, no aparente o de pega. Jesús descendió realmente al mundo de los muertos.

Pero además, la afirmación de que Jesús bajó a los infiernos se ha interpretado siempre como un anuncio del carácter universal de la salvación ofrecida por Jesús. "Jesús –afirma el teólogo Th. Schneider- murió realmente, pero, gracias a su resurrección, con su muerte domina al mal y a la muerte misma. Para Él y también para nosotros. Así, se anuncia a todos los muertos y moribundos la 'provisionalidad' de la muerte para la vida y la posibilidad de su superación" (Theodor Schneider, **Lo que nosotros creemos**, Salamanca 1991, pág. 255). Ya lo había afirmado con vehemencia argumentativa San Pablo: "Si de Cristo se proclama que resucitó de la muerte, ¿cómo decís algunos que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado, y si Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación no tiene contenido, no nuestra fe tampoco" (1 Cor, 15, 12-14).

Por su parte, el **Catecismo de la Iglesia católica** afirma lo siguiente en relación con este asunto: "Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuales Jesús "resucitó de entre los muertos" (Hch 3, 15; Rm 8, 11; 1 Co 15, 20) presuponen que, antes de la resurrección, permaneció en la morada de los muertos (cf. Hb 13, 20). Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos: Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los

muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf. 1 P 3,18-19)" (*Catecismo de la Iglesia católica*, párrafo 632). "Cristo, por tanto, -aclara el Catecismo- bajó a la profundidad de la muerte (cf. Mt 12, 40; Rm 10, 7; Ef 4, 9) para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan (Jn 5, 25)" (*Ibid.,* 635).

4. ¿Quién es el culpable de la muerte de Jesús?

Siempre ha preocupado a los historiadores y exegetas intentar aclarar la responsabilidad respectiva de los judíos y de los romanos en la condena de Jesús. El cristianismo tradicional consideró ante todo la responsabilidad judía, llegando incluso a interpretaciones de ella gravemente abusivas. Hoy la tendencia es inversa. Los historiadores subrayan la responsabilidad romana y atenúan la de los judíos. Las autoridades judías no tenían ya en esta época derecho de condenar a muerte. Es el proceso romano de Jesús el que decide al respecto. El modo de ejecución por crucifixión era romano, mientras que los judíos practicaban la lapidación (esto no significa que en la tradición judía la crucifixión fuera desconocida). Es el ejército romano el que se encarga de la ejecución.

Algunos acusan también a los testimonios evangélicos y, siguiéndolos a estos, a los escritores cristianos, de haber hecho todo lo posible por exculpar a Pilato, presentándolo como un hombre débil y atemorizado que cede a la presión popular, cuando Flavio Josefo y sobre todo Filón lo presentan como cruel y sanguinario.

En el estado actual de la investigación, es difícil ir más allá de una **responsabilidad compartida** y de una cierta **connivencia en la desconfianza mutua**. También habría que señalar los signos de **abandono de sus seguidores**: el sueño y la huida de los discípulos en el monte de los olivos y el papel de los cristianos, que no hicieron nada por ayudar a su maestro.

Quizá buscar el culpable de la muerte de Jesús es eludir **nuestra propia responsabilidad**. Todos somos de alguna manera culpables de ser el centro de nuestros intereses, de no buscar el bien de los demás, de no luchar por el Reino de Dios sino de defender nuestra propia parcela de egoísmo, de comodidad y de poder.

5. El itinerario de la fe en los primeros cristianos: superando el escándalo de la cruz.

Hoy, cuando la cruz puede verse por todas partes como símbolo del cristianismo, resulta difícil darnos cuenta de la dificultad que podría suponer para los contemporáneos de los apóstoles admitir que un crucificado fuera su salvador. De esta dificultad los discípulos eran plenamente conscientes; por ejemplo *san Pablo*, que lo expresa en todas sus cartas y de manera

especialmente clara en 1Cor 1,23. ¿Cómo superar una dificultad tan grave? Los discípulos lo intentan desde sucesivas perspectivas, como queda finalmente reflejado en los cuatro *relatos evangélicos de la Pasión y la muerte de Jesús*.

Los cuatro relatos tienen un mismo tono, una especie de "recitado", lleno de discreción y sobriedad, que intenta, cada uno a su manera, poner de relieve el sentido de la pasión y muerte del Señor.

En *Mateo y Marcos*, Jesús es presentado como el justo por excelencia, perseguido y mártir por su misión. Estos dos evangelistas insisten en el grito de abandono de Jesús en la cruz: "Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?" (Mt 27,46; Mc 15,34), que expresa en primer término un desamparo moral muy radical. Este grito (tomado del Sal 22, 2) ha dado lugar a algunas interpretaciones extremas, que quieren ver en él lisa y llanamente un grito de desesperación y rebeldía ante el incomprensible final de Jesús en la cruz. Hoy la exégesis ve en él la alusión resumida al recitado completo del Salmo 22, con lo que pone en boca de Jesús, en el momento de la más completa oscuridad, una oración filial, interrogante pero esperanzada, sobre el camino misterioso de Dios.

El evangelio de *Lucas* insiste en el poder de conversión que ejerce sobre los testigos (turba, mujeres, ladrones, multitud) la muerte de Jesús (Lc 23, 27-49). Por otro lado, en lugar del grito de desesperación, Lucas pone en labios de Jesús palabras de abandono filial (Lc 23,46: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"). La realidad de la salvación aflora en este relato, que se sale del marco de la simple narración de una ejecución capital.

El evangelio de *Juan*, escrito algo más tarde, presenta finalmente la muerte de Jesús en la cruz como una manifestación de su gloria. La pasión se introduce por el gesto del lavatorio de los pies y un largo discurso que adquiere el valor de testamento. Jesús se muestra en él totalmente lúcido y lleno de amor. La crucifixión de Jesús (Jn 19, 17-37) es una revelación de la gloria de Dios, que reclama simplemente ser contemplada. El cuerpo de Jesús está realmente en la cruz como en un trono. Revela quién es Dios y hasta dónde puede llegar Dios en busca del hombre. La cruz ha cambiado definitivamente de sentido: no se trata ya de una ejecución ignominiosa, sino de la realización de un amor inaudito.

Como resumen de cuanto antecede podemos señalar como un rasgo común en los relatos evangélicos de la Pasión y Muerte de Jesús tres escalones del itinerario de la fe en relación con la valoración de los hechos que describen: (1) En primer lugar, señalan la perfecta inocencia de Jesús; su comportamiento durante la pasión nos muestra hasta qué punto Jesús no es un condenado ordinario. (2) En segundo lugar, utilizan al máximo las escrituras del Antiguo Testamento para mostrar que los sufrimientos del Mesías – escándalo en verdad demasiado fuerte- habían sido ya anunciados y formaban parte de un misterioso designio de Dios. (3) En tercer lugar, todos los evangelistas harán seguir al relato de la pasión el de la resurrección, que es la confirmación suprema de la misión de Jesús. El resultado final del

itinerario termina por conmover nuestros sentimientos: al leer los relatos de la pasión, ¿no se impone a nosotros el sentimiento de una victoria secreta? Esa manera de morir no es un fracaso. Está reclamando una conversión de nuestro espíritu, que nos permita descubrir el auténtico y profundo mensaje de la Cruz.

6. Jesús murió por nosotros y por nuestros pecados: de la expiación mal entendida, al Dios cuyo amor inefable ofrece y realiza la reconciliación.

Como afirma Joseph Ratzinger, "muchos textos espirituales sugieren la idea de que la creencia cristiana sobre la cruz propone un Dios cuya justicia implacable ha exigido una víctima humana: la de su propio Hijo. Uno se aparta con horror de una justicia cuya ira siniestra quita credibilidad al mensaje del amor. Por muy difundida que esté tal imagen, no deja de ser falsa." (J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1987, págs.198 ss). En efecto, sigue señalando Ratzinger, si queremos indagar la significación teológica de la muerte en cruz de Jesús, es preciso despejar un obstáculo para dar acceso a la visión original que es la bíblica. Ese obstáculo capital es la "teoría de la satisfacción" contenida en el escrito *Cur Deus homo (¿Por qué Dios se hizo hombre?*) de Anselmo de Canterbury (+ 1109), entendida después en un sentido poco riguroso, fuera del contexto feudal y monástico en que vivió el mismo Anselmo. Para muchos cristianos, y en virtud de una muy matizable teología de la dignidad divina y de la cruz, el siguiente razonamiento (considerado hoy en día como erróneo) ha llegado a ser algo casi evidente: para restituir el honor y los derechos del Dios infinito, ofendido infinitamente por el pecado del mundo, sólo cabe una reconciliación que consista en una expiación infinita: y esa sólo puede ser la ofrenda sacrificial de Jesús, el hombre-Dios, ofrenda que se reactualiza cada día en el "santo sacrificio" de la misa. Pero con ello la expiación divino-humana aparece con una luz muy extraña.

En contraste con ello, en la **Biblia** la cruz no aparece en absoluto como un ajuste de cuentas del derecho divino lesionado. Antes al contrario, la teología de la cruz en la Biblia da al traste con estas ideas corrientes sobre redención y expiación.

En efecto, si nos fijamos en la formulación de **Pedro** ante los letrados judíos, vemos ya que los primeros anuncios de la comunidad cristiana sobre Cristo insisten en un contraste fundamental: "Vosotros le crucificasteis y Dios le resucitó de la muerte" (**Hech 4,10**). Esta formulación, denominada "formula del contraste", establece una contraposición entre la cruz y la resurrección: de la primera se culpa a los hombres y la segunda se atribuye a Dios salvador. La reflexión cristiana se deja influir en cierto modo por ideas sobre la expiación que son propias y corrientes entre las religiones no cristianas, en las que el restablecimiento de la relación del hombre pecador con Dios se lleva a cabo mediante acciones y ritos expiatorios destinados a aplacar a la

divinidad. Pero el **anuncio neotestamentario** de la cruz como acontecimiento salvífico singular presenta exactamente la dirección opuesta: no es el hombre el que aporta a Dios una ofrenda para reconciliarse con Él, sino que es Dios el que accede a los hombres para ofrecer y realizar la reconciliación. El amor inefable de Dios toma la iniciativa, afronta el descenso a las honduras del odio humano y de la ceguera fanática para restablecer la relación, de forma que Dios destruye nuestra injusticia con su misericordia creadora. Su justicia no es un ajuste de cuentas y una exigencia de expiación, sino una entrega inmerecida y gratuita.

Pablo en su **Carta a los romanos** recurre, en efecto, a la idea de expiación, pero deja muy claro que la iniciativa reconciliadora es de Dios: "Graciosamente van siendo rehabilitados por la generosidad de Dios, mediante el rescate presente en Cristo Jesús: Dios nos lo ha puesto delante como lugar donde, por medio de la fe, se expían los pecados con su propia sangre." (**Rom 3,24**). Dios actúa en el destino de Jesús por nosotros y para nosotros. Esta idea fundamental es el hilo conductor que atraviesa toda la cristología de la cruz en Pablo. "*Sí, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mediante Cristo, cancelando la deuda de los delitos humanos… Es Dios mismo el que os exhorta por nuestro medio. Por Cristo os lo pido, dejaos reconciliar con Dios…*" (**2 Cor 5,19**). Por su parte, la **Carta a los Hebreos** es clara a este respecto: "no ha querido ni le han agradado ofrendas, sacrificios, holocaustos ni sacrificios expiatorios –que se ofrecen legalmente– … Aquí estoy yo para cumplir tu voluntad [dice Cristo]…Todos quedamos consagrados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (He. 10, 5-10).

La interpretación de la cruz más difundida (y a menudo muy mal entendida) en los tiempos modernos y en los catecismos es la de que Cristo "murió por nosotros" (Rom5, 8; 2 Cor 5, 15; Ef 5 ,2, etc); "por nuestros pecados" (Gal 1,3-4; 1 Col 15,3; Heb10,12; 1Pe 3,18), "por nuestra salvación" (He 5,9; Jn 6,51). Jesús murió, ciertamente, por amor a nosotros, para mostrarnos el camino de la salvación, que es un camino opuesto al del pecado, es el camino de la reconciliación con el Dios que nos ama y que "quiere que todos se salven". ¿Por qué nuestra salvación pasa por la muerte de Jesús? No porque el Padre hubiera programado así las cosas. Lo propio del Padre no es querer la muerte de Jesús, sino devolverle la vida resucitándole. La voluntad de acabar con la vida de Jesús procede de nosotros los hombres, en la medida en que aún vivimos en el pecado y no nos hemos convertido.

Jesús –podemos concluir- no es en absoluto víctima de una supuesta violencia vengativa de su Padre. El Padre, por el contrario, lo ama y nos ama hasta el punto de dejarlo "a merced nuestra". Jesús es víctima de la violencia pecadora de los hombres, que aún no han acogido el Evangelio, la buena noticia del infinito y tierno Amor de Dios.

7. Los cristianos, seguidores del Crucificado

"Si queremos saber quién es Dios, debemos arrodillarnos al pie de la cruz" (Moltmann). Los cristianos miramos a la Cruz de Jesús lo mismo que lo miramos en su vida. Es en la Cruz donde se nos manifiesta especialmente la cercanía y la solidaridad del Hijo de Dios con todas nuestras heridas y las de todos los crucificados de la tierra. Sólo podemos vivir con paz nuestro dolor si somos capaces de ponerlo a los pies de la Cruz y afrontarlo desde la cercanía del crucificado. Esto vale para nuestros dolores y sufrimientos personales, pero también para los de todos los seres humanos. La contemplación de Cristo crucificado no puede dejar de movernos a empatía y solidaridad con los sufrimientos de los demás humanos, sobre todo los que más nos hieren, los más injustos e incomprensibles, los más lacerantes o los más próximos a nosotros.

Seguir a Jesús es estar dispuestos a vivir, como Jesús y con Jesús, la Cruz que sin duda nos encontraremos en los caminos de la vida. En el Nuevo Testamento la cruz no es sólo la de Cristo. Dos textos de los evangelios invitan al discípulo a "llevar su cruz" con el maestro: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame: Porque el que quiere salvar su vida la perderá, pero el que pierde su vida por mí y por el evangelio la salvará." (Mc 8, 34-35). "El que no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí" (Mt 10, 38; 16, 24) ¿Cómo hay que interpretar estas palabras, difíciles de entender? Llevar la cruz aparece aquí como una manera necesaria de seguir a Jesús. La cruz se ha hecho inseparable de Jesús: no se puede estar con Jesús si no se está crucificado con él. Pablo es quien mejor formula esta mística de la cruz de Jesús: "Estoy crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí" (Gal 2, 19-20). Se podría decir, en términos más modernos, que seguir a Cristo es una invitación exigente a vivir como Jesús, y eso significa renunciar a toda falsa ilusión sobre uno mismo, a toda exaltación egocéntrica del yo, que siempre significa menosprecio, o incluso aplastamiento, de los otros. Seguir al Crucificado es estar dispuestos, en nuestra modesta medida pero como Él, a ser fieles al Amor de Dios y darnos a los demás.

¿Hemos de ser, entonces, los cristianos masoquistas? Sin duda que no, pero como humanos constatamos que el sufrimiento de una u otra manera siempre hace acto de presencia en la vida humana. ¿Qué hemos de hacer ante ello? ¿Intentar escapar o estar ahí, con entereza y con solidaridad? El sufrimiento y el dolor seguirá siempre siendo para nosotros un misterio; sólo podemos abordarlo y depurar nuestra actitud ante él teniendo presente el sufrimiento de Jesús. Ello nos ayudará, sin duda, a: a) luchar contra el sufrimiento innecesario y evitable, b) mostrar proximidad, solidaridad y ayuda hacia las personas que sufren, c) vivir nuestro propio dolor sin agrandarlo como si fuera el único o el único importante, d) ponerlo y ponernos en manos de Dios, de donde desciende todo bien y todo amor, y de Jesús Crucificado, fuente de consuelo y de esperanza.

En resumidas cuentas, como afirma el teólogo Ives Congar, "no es el sufrimiento de Jesús el que nos salva, sino el amor con que vivió este sufrimiento, que es algo muy distinto" (CONGAR, citado por Sesböué, *Creer*, San Pablo, Madrid 2000,342). La cruz nos salva convirtiéndonos, haciéndonos conscientes de que ser seguidores de Jesús tiene consecuencias que poco tienen que ver con metas egoístas, hedonistas, centradas en nosotros mismos. En la cruz, Cristo nos salva dándonos testimonio de un amor que ha sabido llegar hasta el final. El Padre ha enviado a su Hijo por amor para salvarnos. Este viene a compartir nuestra vida, a anunciarnos el reino de Dios, es decir, la misericordia de Dios con todos los pecadores. Busca y nos propone nuestro arrepentimiento y conversión (metanoia= cambio en la manera de enfocar la vida): "Arrepentíos y creed el evangelio" (Mc 1, 15). Jesús no quiere salvarnos "milagrosamente", sin nosotros. Viene a ofrecernos la salvación, pero ella exige nuestra conversión a la fe y al evangelio. No hay conversión sin el concurso de nuestra libertad. Ante la propuesta salvífica del Evangelio, siempre somos libres de decir "si" o "no". La cruz nos salva, también, por su capacidad de conmovernos y llevarnos a la conversión.